

queríalo fundada en la caridad, y queríalo como Dios quería que lo quisiese. Y de esta aceptación voluntaria con que Cristo aceptó el morir con voluntad deliberativa de la razón, mereció para sí y para nosotros todos; el cual mérito estuvo formalmente en el acto de la voluntad, y materialmente en la pasión, en cuanto le fué á la misma voluntad materia de merecer.

§ VII.

Dijo Alejandro de Hales muy bien, que no fuera virtuoso el dolor de Cristo, ni meritorio, ni grato á Dios, si le sufriera de mala gana y contra su voluntad. Y así es verdad, que fué Cristo llevado á sus padecimientos y dolores con todo el esfuerzo de su ánima, como á cosa á Él muy agradable y sobre todo encarecimiento querida; lo cual prueba en muchos lugares de la divina Escritura, que por muy sabidos dejo. Digo lo segundo, que la voluntad natural en Cristo no discrepó de la voluntad divina en cosa alguna; porque la razón formal por la que la voluntad natural en Cristo rehusaba la muerte, y aquella por la cual la voluntad deliberativa la deseaba y apetecía, no eran diferentes; porque la volun-

tad natural rehusaba la muerte en cuanto era algún mal para la naturaleza, en cuanto naturaleza; pero la voluntad deliberativa la apetecía y quería en cuanto la aprendía como cosa útil para la redención del género humano, según la ordenación divina. Demas de esto, si cuando alguno quiere lo que otro quiere que quiera, no es visto discordar de su querer; queriendo la voluntad natural en Cristo lo que la voluntad deliberativa quería que quisiese, la cual quería que se moviese según su natural movimiento, llano queda que eran conformes. Item, porque la conformidad de una voluntad con otra no se considera solamente según la mejoranza, sino también según la sujeción; ni Dios pedía á la voluntad natural en Cristo que fuese semejante con la deliberativa y racional, sino que se le sujetase y que quisiese lo que ella ordenase que quisiese, bastó para ser conformes lo que agonizando en el Huerto dijo: «No lo que yo quiero, sino lo que tú mandas, hágase». Tampoco el apetivo sensitivo discordaba de la voluntad deliberativa, aunque no deseaba aquello que ella quería, antes rehusaba la pena y muerte corporal que se le apresuraba; pero el rehusar esto era por el imperio de la voluntad deliberativa, que ordenaba que siguiese su movimiento natural, para que

de esta lucha resultasen en Cristo mayores dolores, congojas y desconsuelos. Aunque has de advertir, que por el dicho movimiento en que se encontraban la voluntad natural, racional y el apetivo sensitivo, en ninguna cosa era impedido ni retardado el de la voluntad deliberativa. De aquí es (según San Buenaventura), que el dolor y la tristeza en Cristo no sólo se extendieron á la parte inferior de la razón, sino también á la porción superior; de manera que toda aquella su ánima benditísima padecía juntamente con el cuerpo, para que en toda ánima pecadora quedase curada y remediada. Aunque se ha de confesar, según todos, que la porción superior de la razón gozaba de la esencia divina y tenía allí su bienaventuranza. Y aunque parecía dificultoso, y lo es, de entender que en el ánima de Cristo, según una misma potencia y estado, hubiese dolor inmenso é inmenso gozo, y que el dolor que sobrevénia no interrumpiese el tal gozo, ni el gozo estorbaba los crecimientos del dolor, es, sin duda, que fué así, y se ha de tener y creer como verdadero y recibido de los Santos Doctores de la Iglesia.

DISCÍPULO. Parece que, aunque dificultoso, lo entiendo; y quiera el Señor que lo sepa sentir como es razón, que á lo ménos

por falta de bien enseñado no dejaré de aprovechar en este santo ejercicio.

MAESTRO. Pues no te he dicho aún la razón que, á mi ver, hacía que la congoja en Cristo fuese tan crecida.

DISCÍPULO. ¿Luego hay otras más poderosas que las ya dichas?

MAESTRO. Fué, sin duda, que orando al Padre no halló en él acogida; y habiendo sido antes de este tiempo su oración tan bien recibida y despachada, ahora en tanta necesidad, orando prolijamente, no le oía. Sintió á su Padre airado contra sí por los pecados del mundo, los cuales había tomado sobre sus hombros y á su cuenta; y que sus pensamientos para con él eran duros y de aflicción, como contra enemigo de su honra. ¡Oh, cuán dura debió ser para el Hijo esta ira del Padre! Espantado, pues, y atemorizado con el ímpetu de la indignación divina, cayó en tierra sobre su rostro, y comenzó á agonizar, y con ansias de muerte sudaba gotas de sangre, en tanta abundancia, que regaba con ellas el suelo. En esta miserable figura está el hijo delante de su Padre, postrado y ensangrentado, y sufriendo sin morir la dura muerte. Muy bien dijo el Apóstol: «Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo».

DISCÍPULO. ¿Es posible que de sola la ima-

ginación de la muerte sude Cristo sangre?

MAESTRO. Algún día te diré la razón legítima de ese sudor; por ahora sólo te digo dos: la primera, que esperaba pelear con la muerte viva. La segunda, porque este nuestro martir está desamparado y abandonado á sí mismo. Los demas lucharon con la muerte muerta, y ayudados y favorecidos de Dios con tantos regalos y ayudas de costa, que apenas sentían los tormentos. Tratando la glosa de aquel cabrón que enviaba al campo por ley de Dios, dice que en el tiempo de la Pasión de Cristo es visto haberse ido la Divinidad al Cielo, no mudando lugar, ni desamparando aquella humanidad sacratísima, que tenía á sí unida personalmente, sino retrayendo su virtud, y escondiéndola, para que los pérfidos judíos y sayones pudiesen salir con sus intentos y dar cabo del inocente Cordero, el cual desamparo comenzó en el Huerto y duró hasta que espiró en la cruz.

§ VIII.

Estando en ella, desamparado de amigos y enemigos y atormentado con la vista de su Madre, para hallar algún refrigerio se acogió á su eterno Padre, y no lo sintió, como si no hubiera Dios. Vió á los judíos, que burlán-

dose de Él, decían: «Confío en Dios; librele, si quiere, de nuestras manos». Viéndole así desconsolado y entre dolores del infierno, de los cuales el mayor que sienten los dañados es la ausencia de Dios consolador, con voz grande y espantosa, lo uno por el dolor vehemente, lo otro porque hablaba con Dios ausente y apartado, dijo: «Señor, ¿por qué me habéis desamparado?» No dice Padre, porque no hacía aquí oficio de padre, sino de rigurosísimo Juez. *¿Ut quid dereliquisti me?* Nunca yo me aparté de Vos; por vuestro servicio y gusto me he dejado á mí y á todas las cosas. ¿Por qué, pues, os apartastes Vos de mí? Puse en Vos mi esperanza: ¿cómo me faltáis? ¡Para los demas tan amigo y para mí sólo tan enemigo! Escondióse, dice San Ambrosio, en Cristo la vida, para que llegase la muerte, la cual vino de fuera, porque en Él no había causas para morir, ni mató á su muerte al morir, sino la nuestra, como lo canta la Iglesia. Y basta lo dicho por hoy de la pasión de Cristo, porque ya es tiempo de que veamos el fruto de ella, que es haber abierto el libro cerrado y sellado con siete sellos, que fué la última circunstancia; y hecho esto, nos recogeremos, porque estoy cansado y algo indispuerto.

DISCÍPULO. Sea como mandares, padre de

mi alma, que yo espero en nuestro Señor que de esta materia has de hablar algún día más copiosamente.

MAESTRO. Dada tengo palabra á un gran siervo de Dios, religioso de nuestra Orden, de hacer un Tratado de la Pasión de Cristo, en que declare el texto según los cuatro Evangelistas, y los principales Misterios, para poderlos meditar con el sentimiento que es razón, y así me remito á lo que allí diré, si el Señor me ayudare con su gracia.

DISCÍPULO. Ayúdete Dios por su Pasión, para que trates de ella, en gracia de tantas almas que desean lo que ese padre te ha pedido; que aunque hay meditaciones y tratados de esa materia, vienen envueltos en otras cosas diferentes; y si hay quien trate del texto, es con tanta sequedad y mezcla de letras humanas, que cuando se ha leído mucho tiempo se queda el alma tan esteril como si leyera una historia secular. Pero dejando esto para su lugar, dime, yo te ruego, qué libro es el que abrió el Cordero muerto.

MAESTRO. San Buenaventura, en el lugar citado, dice que es la noticia universal de todas las cosas; en el cual libro estaban siete principalísimas escondidas y como selladas con siete sellos, las cuales se le descubrieron y manifestaron al hombre mediante la Pasión

y muerte del Señor. Quiero referirte aquí las palabras de este seráfico Doctor: *Hæc, inquit, sunt septem, quæ sigillata sunt sigillis septem.* Estas son las siete cosas que están selladas con los siete sellos: Primera, *Deus admirabilis.* Segunda, *Spiritus intelligibilis.* Tercera, *Mundus sensibilis.* Cuarta, *Paradisus desiderabilis.* Quinta, *Infernus horribilis.* Sexta, *Virtus laudabilis.* Sétima, *Reatus culpabilis.* Dénos Dios entendimiento para penetrar misterios tan grandes y tan secretos; que grandes deben ser y de grande estimación, pues cuando los abre el Cordero, todo el cielo está de fiesta. Antes que Dios muriese por los hombres, ignorábamos siete cosas, que muerto El se nos manifestaron. Ignorábamos qué tan admirable fuese Dios; las condiciones de los espíritus inteligibles, ó intelectuales; lo que era este mundo visible, á donde tan avendados están los pecadores; cuán para codiciar fuese el Paraíso y Reino de los Cielos; cuán horrible y espantoso el infierno; cuán digna de alabanza y estimación la virtud; y cuán detestable el pecado. Muere Dios y ábrense estos sellos todos, y conocimos en el primero; cuán admirable es Dios en la sabiduría inexcrutable con que engañó al demonio, ofreciéndole la carne, en que se cebase, y guardando la divinidad; que como anzuelo le

pescase, para que así quedara, por donde pensó vencer, vencido. Lo segundo, en su justicia invariable, con que buscó el precio riguroso de nuestra redención, pagándose Él á sí mismo hecho hombre, lo que no pudiera hacer ningún otro hombre. Lo tercero, en la infinita misericordia con que se ofreció á morir por sus enemigos, y entre ellos, por los mismos que derramaban como agua su sangre. Este es el primer sello que tenía encubierta la sabiduría inexcrutable, la justicia invariable y nunca torcida, y la misericordia infinita y no agotada de nuestro Dios. Pesa cada cosa de éstas por sí, y verás cuánta materia te suministra para la contemplación.

DISCÍPULO. Ya yo voy entendiendo la alteza de esa doctrina, y la razón que tuviste de encarecer su dificultad al principio.

MAESTRO. En el segundo sello que abrió el Cordero se nos manifestó el espíritu inteligible, conviene á saber: la blandura y benignidad de los ángeles, el valor de las almas, la crueldad y tiranía de los demonios, que son tres diferencias de espíritus, comprendidas en aquella palabra: Espíritu inteligible.

¿No te parece que fueron afectos á los hombres los ángeles santos, pues permitieron que su Dios muriese por ellos, y enviaron uno que le animase y confortase cuando agonizaba con la muerte? Pues mira tú si pudo haber crueldad como la de los demonios, que solicitaron á Judas para que lo vendiese, y á los judíos pasa tan gran maleficio. ¿Y qué más se puede decir de la dignidad del hombre, que decir que Dios muere en una cruz por él? Abrióse el tercer sello, y conocemos la ceguera del mundo, su esterilidad y malignidad, pues que, como tenebroso y ciego, no conoció la luz verdadera, que descendió del cielo para alumbrarle; como esteril, menospreció á Cristo como hombre infructuoso; como maligno, condenó y quitó la vida á su Dios y Señor, bienhechor y amigo.

DISCÍPULO. Bien dijo San Juan, según eso, que todo el mundo estaba puesto en maligno.

MAESTRO. ¿Sabes tú lo que quiere decir maligno?

DISCÍPULO. La glosa llama malignas á las cosas deleitosas de este mundo. Y Nicolás de

Lira dice, que lo mismo es *malignus* que *malus ignis*.

MAESTRO. No hagás mucho caso de esas etimologías, que aunque el fuego de los deleites y codicias de este mundo, en que se abrasan los amadores de él, sea malo, no se declara por ahí lo que San Juan quiso decir en esta breve sentencia: «Todo el mundo está puesto en maligno». Aquella terminación neutra no significa cualquiera malignidad, sino la suma y colmo de ella; como aquella palabra del Angel á la Virgen: *Quod enim ex te nascetur sanctum*: «lo que de tí nacerá santo, esto es, la misma santidad, en abstracto, será toda santidad, sin mezcla de cosa que la contradiga». Y así, maligno dice que todo lo que hay en el mundo es malignidad, ó malicia. Pero ya que abriéndose el tercer sello conocimos el desdichado lugar en que vivimos, en la abertura del cuarto se nos manifestó el agradable Paraíso que deseamos; en el cual está la alteza de toda la gloria, el espectáculo ó vista de todo el contentamiento y alegría, y una como botillería ó despensa de todas las riquezas de Dios. De aquí vino que el Altísimo se humilló hasta la forma de siervo por levantarnos á esta santa gloria. El justísimo Juez se obligó á tan rigurosas penas por librarnos de tantas culpas; y el riquísimo

Señor se hizo en extremo pobre para que con Él gozásemos de tan grandes riquezas.

DISCÍPULO. Crisóstomo dice, que de su toca hizo la Virgen pañal, y de un pedazo de la saya mantilla, para cubrir y envolver aquellos miembrecitos tiernos del Hijo de Dios, recién nacido en el pesebre.

MAESTRO. Pues si por enriquecerme á mí está Dios tan pobre, ¿á dónde están en mí tantas riquezas como promete tan extremada pobreza? Si conforme á vuestra escasez, Dios mío, ha de ser mi abundancia, siendo Vos tan rico y estando tan necesitado hasta de un chorro de leche, que si no se le proveyera del cielo á vuestra Madre, no le tenía para dárselo, ¿cómo estoy yo tan escaso y necesitado? ¡Oh varones eclesiásticos, que renunciando las riquezas espirituales que la temporal pobreza de Cristo os ofrece, abrazáis las transitorias, que él condena y desprecia; y peláis los pobres y los desolláis cerrados, para pompa y fausto de vuestra casa! ¡Las paredes entapizadas, las mesas de reyes, el ornato de grandes y los pobres que están á vuestra cuenta muriendo de hambre! ¡Que desnudáis á Cristo en sus miembros y le hacéis andar dando diente con diente en los fríos del invierno, y pacer hierba en los campos, y dormir al sereno, como dice el santo Job! Pues

despedíos de las riquezas del cielo, que no las vino á ganar la pobreza de Cristo sino para los que desprecian en el hecho ó en el deseo las del cielo, gozando de las que sufre el estado de viadores, que son de virtudes y bienes espirituales; lo cual todo nos mereció el pobrísimo Jesús, que, como dijo el Apóstol, se hizo pobre y menesteroso, siendo rico, para que con su necesidad y escasez fuésemos nosotros ricos.

DISCÍPULO. Parece que has tomado un poco de cólera contra los eclesiásticos que, olvidados de enriquecer sus almas, atesoran en las arcas.

MAESTRO. Ese es el lenguaje del mundo, que llama cólera al celo y espíritu con que se reprenden los abusos del mundo. Mas dejemos esto para el púlpito, y abramos el quinto sello, ó lleguemos á ver lo que descubrió abriéndole el Cordero muerto, que verdaderamente pone miedo y espanto terrible. ¿Habíase, por ventura, entendido lo que es el infierno hasta que Dios murió por librar de él á sus escogidos é hijos de su Reino? Mira tú aquí qué tales serán los tormentos que sufrirán los dañados por sus culpas, de que jamas se enmendaran si ellos vivieran para siempre, si el Hijo de Dios los padece tan grandes por los de aquellos que pecaron y se arrepintieron

y se quisieron aprovechar de su sangre, la cual por todos derramó en la cruz. ¡Qué pobreza, qué vileza, qué miseria y qué mengua de todas las cosas! ¡Qué desprecio habrá en aquel horrible y asombrado lugar, pues que Dios por salvarnos fué tan pobre, tan abatido, tan despreciado, tan amenguado y tan lleno de miserias!

§ X.

Enrique Harpis, famoso teólogo de su tiempo, afirma que considerando Cristo el mérito de su Pasión y el fruto de su cruz santísima estuvo dispuesto (si conviniera) para ser atormentado eternamente y afligido con infinitos dolores, así por el amor de su padre como por el amor y provecho de sus hermanos; y por esto mereció tanto cerca del padre, como si realmente fuera eterno; porque por la voluntad y deseo dilató y extendió toda su vida á una cosa infinita y á la tolerancia de una infinita materia de muerte, y esto para que más perfectamente satisficiese á su Padre, y á nosotros nos juntase con Dios con más estrecho vínculo y atadura. De donde colijo yo, que aunque los tormentos y dolores de Cristo no fueron en el hecho infinitos y eternos, lo fueron á lo ménos en el deseo y voluntad y en

la satisfacción; así por esto, como por ser el supuesto que parecía divino. Al fin satisfizo de manera por nuestras culpas, que la eternidad de las penas que por ellas merecíamos la conmutó en las temporales suyas; las cuales fueron verdaderamente excesivas por el tiempo que duraron, como penas que satisfacían por culpas dignas de ese infierno. Y si en el madero verde de esta manera prendió el fuego de la divina justicia, ¿cómo arderá en la leña seca, digo, en los que tan secos y sin Dios partieron de esta vida para la sempiterna muerte, ayudando con su soplo el Todopoderoso Dios, como dice Isaías, para que nunca se apaguen aquellas vengadoras llamas?

DISCÍPULO. Según lo que has dicho, ya padeció Cristo por todos de rigor de justicia, y quedamos desobligados de padecer más por nuestros pecados.

MAESTRO. Como Redentor (porque no hay más de uno) tienes razón; mas en otro sentido es proposición luterana; y para que salgas de ese error (aunque yo sé que fué réplica por oírme disputar contra Lutero), has de saber que procedió Dios en el gobierno de su Iglesia como en el de todo el Universo. En el Universo puso causas universales y supremas de todas las cosas, cuales son el sol, la luna,

los cielos y otros planetas. También puso causas inferiores y particulares, que sirven de poner en ejecución lo que las superiores ordenan. Y es tan grande el concierto y armonía que entre las unas y las otras se halla, que ninguna se entromete en el oficio de la otra, ni usurpa su jurisdicción. No puede el sol producir una planta, si no es ayudado de la tierra, y del agua, y de las semillas, que son causas particulares para las tales producciones; ni el hombre engendrar perfectamente otro hombre, sin el concurso del sol, que es causa universal. Al fin este mundo es una república concertadísima, donde se hallan personas eminentes y de autoridad, emperadores, reyes, duques, marqueses, condes, que ordenan y mandan lo que se ha de hacer, y otras inferiores y más bajas, que sirven de manos para ejecutar lo ordenado y mandado. En la Iglesia, que es la república del cielo, puso Dios una soberana y universal causa para todos los efectos de gracia que se producen en ella. Esta dice San Pablo que es Cristo. Fué hecho para todos los que le obedecieron causa de salud eterna. Y con esta consideración llamó el Profeta Malachías á Cristo, Sol de justicia. Saldrá para vosotros los que reverenciáis y teméis mi nombre, un Sol de justicia; que es como si, más claro, dijera:

Aparecerá en el mundo una causa universal de todos los efectos de justicia y de gracia, que se producen así en los hombres como en los ángeles.

§ XI.

Digo en los ángeles, por lo que dice San Pablo que hizo Dios á su Hijo cabeza sobre toda la Iglesia militante y triunfante. Y á los colosenses decía, que Cristo era Cabeza sobre todo principado y potestad, esto es, de los ángeles, como nota Santo Tomás; así por la preeminencia, que al fin preside como Cabeza en el cielo, como por la influencia; porque en cuanto hombre, alumbra los ángeles é influye en ellos, según que altamente lo prueba San Dionisio, sobre aquellas palabras de Isaías: *Quis est iste qui venit de Edon?* Esto así presupuesto, conviene á saber, que Cristo es causa universal de la salud de los hombres, es negocio llano que cumplió suficientemente con su obligación de causa universal, dando remedios generales á los hombres; su sangre, su ley, su doctrina y sacramentos, que son depósitos de la gracia; y que el aplicar estos remedios en particular, es de las causas particulares. Particular era San Pablo, y como tal decía: Cumplo en mi carne las

cosas que faltan de las pasiones de Cristo, que es la Iglesia. Ayudaba á las almas el Apóstol, para que esta causa universal se particularizase en ella, y juntamente en la suya. A los dos hermanos que pidieron asientos en el Reino les dijo Cristo: «¿Podéis beber el cáliz que he de beber yo?» Como si más claro les dijera: «Sentaros habéis en mi Reino si bebiéreis mi cáliz». Los efectos particulares no son de las causas universales; que no engendrará el sol un caballo, si otro caballo no determina aquel su concurso general; ni en tí tendrá efecto particular la pasión de Cristo, si tú no la haces particular tuya por imitación y conformidad. Tus trabajos y tu cruz se han de ayudar de los trabajos y cruz de Cristo, como de causa universal, y de esta manera se producirán en tu alma efectos maravillosos de gracia y bienes espirituales. Herederos de Dios (dijo el Apóstol) y coherederos de Cristo, no á secas y absolutamente, sino concurriendo como causas particulares con la universal. *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* Si empero nos padeciéremos, esto es, si padeciéremos juntamente, para que juntamente seamos glorificados. Y no más de esta materia.

DISCÍPULO. Luego no quieres que veamos hoy lo que estaba encerrado en el sello sexto.

MAESTRO. La virtud, nunca dignamente alabada, es tan preciosa, que quiso más perder la vida Cristo que ir en cosa alguna contra ella. Tan hermosa, que en las mismas injurias que iba padeciendo, iba resplandeciendo. Tan fructífera, que con un solo acto de virtud heroica y perfecta, despojó al infierno, abrió los cielos y restauró lo perdido. En el último sello se nos descubrió la gravedad del pecado, para cuyo remedio fué necesario tan gran precio, tan costoso sacrificio y tan dificultosa medicina. Esto es, por abreviar, lo que te puedo decir de los siete sellos. Y abrevio más mi plática, asegurándote que jamas leí ni experimenté ejercicio más copioso ni de mayor fruto que este que has oido. ¡Oh, si supiesen los hombres el secreto ó los secretos que encierra en sí la cruz sacratísima y pasión amarguísima de Cristo, qué de buena gana la abrazarían y la buscarían, y se pondrían en ella cuando faltasen sayones que los crucificasen! Lloró el Apóstol sus enemigos con lágrimas salidas del corazón, y yo doy mil bendiciones á sus amadores, y el cielo los canta y celebra por Santos, porque comprendieron con los que lo son, la longitud, la latitud, la alteza y profundidad de ella; y gustaron de la caridad de Cristo, superior á toda ciencia, que en aquellos sus brazos res-

plandece. Si no fuera tan tarde, y la indisposición que tengo no lo impidiera, te dijera aquí cinco causas que pone Humbértino, que agravaron los tormentos y Pasión de Cristo, y algo de aquella transformación maravillosa de nuestro Padre San Francisco en el Crucificado; mas ya que hoy no puede ser, el primer día que nos veamos gastaremos en esta plática y en la victoria de los jayanes que defienden el Reino de Dios. Él sea contigo.

DISCÍPULO. Y te acompañe, maestro mío, y pague con bienes eternos tanto bien como me haces, y á todos los que después se han de aprovechar de doctrina tan del cielo. Amén.

